

dome sin alcanzar nada, y luego hasta interesar en favor suyo á la dueña de la casa, que se convirtió en intérprete de sus deseos y en auxiliar de sus malos intentos.

Una noche Don Baltasar permaneció hasta muy tarde en la casa; observé que pedia mas de beber que de costumbre, y que estaba sombrío. Un amigo íntimo suyo le acompañaba y se habian sentado en una mesa que estaba cerca de la entrada de la cocina.

Como la noche estaba muy avanzada, se habia cerrado ya la puerta que daba á la calle, y en la casa, á excepcion de la patrona que hacia sus cuentas del dia, y yo que velaba por lo que pudiera ofrecerse, todos los demás dormian.

La conversacion de Salmeron y de su amigo era acalorada, y la curiosidad me llevó á escuchar: aquel diálogo me interesó.

—Sí, amigo—decia Don Baltasar apurando un vaso de vino—hoy hace años la ejecucion de las Carbajales, y necesito distraerme para olvidar.

—¿Tal efecto os hizo?

—Si supiérais esa historia.....—Don Baltasar apuró otro vaso. Comenzaba ya á estar alucinado.

—Contádmela.

—¿Que os la cuente?.... Vaya..... os la contaré, aunque no con sus pormenores, porque vos sabeis ya algo; pero en fin..... ¿os acordais de las Carbajales?

—Mucho: tres muchachas como tres granos de oro, como tres perlas, Doña Isabel, Doña Leonor y Doña Violante.

—Eso es, cierto: pues yo era el amante de Doña Isabel.

—¿Cómo? de la casada con.....

—De la misma; esa dama tan rica y tan orgullosa, fué mi dama.

—Y decian que era tan honrada!

—Já, já, já—¿honrada, eh? Pues quince dias vivió conmigo en una casa que está cerca de la capilla de los Mártires.

—¿Y su marido?

—Vereis, vereis si soy tonto: mucho tiempo la seguí, y ella nada, desprecios y mas desprecios: se casó y tuvo una hija, ¿recordais?

—Recuerdo.

—Robésela y púsele por condicion para volverla á su poder, que me visitase sola.

—¿Y fué?

—Pues no..... Fué y quiso resistirse allí; pero ya debeis suponer que era locura: fué, y me la tuve allí quince dias.

—¿Y le devolvísteis á la niña?

—No soy tan imbécil: si la hubiera dejado mucho tiempo libre, me pierde, se venga: el dia en que salió de mi poder estaba ya denunciada como judaizante en la Inquisicion, y el mismo dia la aprehendieron, casi al llegar á su casa: quizá me duermo!

—¿Y su padre y su marido?

—En cuanto á su padre, ni sé en qué paró: lo que es el marido, en esa misma noche le despaché al otro barrio.

—¿Le matásteis?

—¡Pues no! Si me iba la vida de por medio!

—¿Y la niña?

—Debe ser ahora ya una moza como una amapola: yo se la dí en guarda á un sepulturero, murió éste de la epidemia de los indios, la niña quedó sola, y entonces se la entregué á uno que habia sido soldado, que se llamaba Luis, y que vivia con su esposa la vieja Esther, que jamás habia tenido hijos.

—¿Moriria tal vez?

—No, y debe ser buena gaita la niña, porque he sabido que Luis se enamoró de ella, que mataron á la vieja y que huyeron; pero algun dia la encontraré porque tiene la marca de la familia Carbajal, una llama roja pintada en la espalda.

Yo escuchaba atónita aquella relacion; sin pensarlo habia descubierto el secreto de mi nacimiento y la historia de mi familia.

Absorta en estas meditaciones, no advertí que la patrona de la casa estaba á mi lado.

—Mala costumbre es esa de espiar á los caballeros—me dijo secretamente;—retírate á tu cuarto, que yo arreglaré lo que falta que hacer.

Quise replicar, pero me miró de tal manera, que atemorizada callé, y tomando á mi hija, me retiré al aposento en que dormia.

Era este aposento un cuarto que tenia una ventana para una casa inmediata, y una puerta que comunicaba con la cocina de la hostería.

Apagué la luz, y pensando en Doña Isabel y en Don Baltasar y en todo lo que habia descubierto aquella noche, me quedé dormida arrullando á mi hija y soñando que caia yo en poder de Salmeron.

* * *

Desperté como sofocada; sentia que me oprimian, y creí al principio que era un sueño; pero bien pronto me convencí de que era una realidad.

Dos brazos me estrecharon, y una boca se posaba sobre la mia, y me daba besos que me sofocaban, que me querian ahogar.

Luché al principio por desasirme, pero no era posible;

eran los brazos de un hombre robusto los que me aprisionaban: entonces conocí que mi única defensa era gritar.

Quise entonces gritar, y grité:

—¡Socorro!.....

Pero una de las manos de aquel hombre buscó mi boca y me la tapó hasta ahogarme.

Luchaba yo con todas mis fuerzas, despertó la niña y comenzó á gritar.

Luchando siempre, logré levantarme; aquel hombre debia estar muy borracho, porque vacilaba, y el nauseabundo olor del vino salia de su boca.

Por un momento quedamos inmóviles de fatiga; entonces él, aprovechándose de aquella tregua, me dijo:

—Cállate, muchacha; si no me conoces, yo soy rico, yo te sacaré de este miserable estado.

—Si no os retirais grito, grito—le contesté.

—Eso será inútil; la patrona que podia auxiliarte está enteramente á mi disposicion, la tienda está cerrada, y nadie vendrá en tu auxilio.

—Sí, vendrá Dios.

—¿Vendrá? pues aguardale; no vaya á dejar ahora de hacer un milagro por una perdida como tú, y luego criolla.

—Dejadme, dejadme.

—Oyeme, soy el que por tanto tiempo te ha rogado, soy Don Baltasar de Salmeron.

—¡Infame, el asesino de mi madre!—exclamé sin poder contenerme.

—¿De tu madre?—exclamó él, y sentí que sus manos me estrechaban con menos fuerza.

—Sí, sí, dije yo queriendo aprovecharme y desasirme de él.

—Pues que sea lo que el demonio quiera, no me importa—y volvió á luchar conmigo.

—Gritaba yo, aunque no esperaba auxilio sino de Dios: mi hija lloraba, y el hombre respiraba fatigado.

Casi exánime iba yo á caer, cuando se abrió repentinamente la ventana que caía á las casas vecinas, y á la pálida claridad de la luna que por allí penetró, ví destacarse claramente la figura de una mujer.

Don Baltasar quiso retroceder espantado, y yo aprovechándome de aquel momento, hice un esfuerzo desesperado y me separé de él.

—¿Qué sucede? preguntó la mujer que habia aparecido en la ventana, con un timbre de voz dulce y hechicero.

—¡Socorro, señora! le grité; ¡socorro! este viejo!.....

—¿Y á vos quién os mete?—le dijo con furor Don Baltasar;—idos á vuestra casa, ó la pasareis mal: dejadnos.

Y diciendo esto volvió á lanzarse sobre mí.

—¿Cómo se entiende, viejo malvado? contestó la mujer penetrando en el cuarto.

—Vereis cómo se entiende, dijo Don Baltasar procurando darle un golpe con el puño.

Se trabó entonces una lucha, la ventana se habia cerrado, y estábamos completamente á oscuras; sentí que Don Baltasar me habia dejado, y le oia yo agitarse combatido por mi protectora.

Yo los buscaba en la oscuridad para auxiliarla, cuando oí un golpe seco que resonó en la tierra, y luego un momento de silencio.

—Señora, señora, me dijo la mujer, ¿adónde estais?

—Aquí.

—Abrid la ventana.

Busqué la ventana y abrí.

Con aquella escasa claridad pude distinguir á Don Baltasar inmóvil y tirado en el suelo.

—Vámonos, dijo mi protectora; creo que ese hombre está privado ó muerto.

—¡Jesus! ¿qué le habeis hecho?

—Nada; cayó, y azoté su cabeza contra el suelo tomándole de los cabellos. Vámonos pronto.

—Dejadme llevar á mi niña.

—¿Teneis aquí una niña?

—Sí.

—Pues buena fortuna que no le haya sucedido algo. Vamos.

Saltó ella por la ventana, que estaba muy baja, y la seguí yo.

Estábamos en el patio de su casa, me hizo entrar á una cámara, y entonces pude ver que era jóven y bella.

—Yo tambien, me dijo, tengo una niña; miradla.

Y me descubrió en su lecho á una hermosísima niña como un ángel, que abrió sus ojos azules como un cielo para mirarnos.

—¡Es preciosa criatura!—dije besándola.

—Se llama Catalina—me dijo la jóven con todo el orgullo de una madre—Catalina de Armijo, como yo.

Volvió á cubrir á la niña, y luego agregó:

—Pero no perdamos el tiempo; ¿qué pensais hacer?

—No sé, verdaderamente.

—Creo que lo primero será ocultaros; ahora es preciso saber adónde. ¿Teneis alguna casa de confianza?

—Ninguna.

Púsose á reflexionar.

—Ya me ocurrió—exclamó repentinamente;—aquí cerca vive una especie de limosnero, un santón, que á pesar de

todo, es muy buen sugeto; podrá ocultaros, porque allí nadie sospechará que estais. ¿Os parece?

—Haré cuanto querais, porque vos me habeis salvado.

Se levantó la jóven y llamó á una criada vieja que dormia sin haberse apercebido de nada.

—Mira—le dijo—vé con esta señora, y llama á la casa del «pobre:» ¿sabes?

—Sí; ¿del que viene los sábados?

—El mismo; bien: dile que por el alma de su madre le ruego que esconda á esta muchacha allá, hasta que yo le diga, y que mañana venga á verme.

—Sí, señora; ¿y me vuelvo?

—Sí, vuelve.

Me despedí de aquella jóven que habia sido para mí tan generosa, y seguí á la criada.

Caminamos dos calles, y llegamos á un cuarto bajo y mal cerrado.

La criada que me llevaba llamó, y se encendió á poco una luz en el interior, y un anciano, con toda la confianza del que nada tiene que temer, salió á abrirnos.

La mujer dió el recado, que escuchó el viejo con atencion, y contestó:

—Puede vd. decir á mi señora Doña Catalina de Armijo que será servida en todo.—Pasad—me dijo.

La criada se retiró, y yo entré siguiendo al anciano hasta el interior del aposento.

Habia allí una pequeña puertecilla que abrió, y entramos á otro cuarto mas pequeño.

—Aquí podeis quedaros—me dijo;—una noche es poca cosa; mañana veré de acomodaros mejor. Buenas noches.

Encendió un candil que estaba en el suelo, y salió.

Yo quedé sola, meditando en mi suerte.

Aquel anciano, á quien los vecinos del barrio llamaban simplemente «el pobre,» era muy fuerte, á pesar de que mostraba tener ya muchos años.

Nunca pedia limosna, pero nunca despreciaba lo que se le ofrecia.

Sus costumbres eran muy extrañas, y todos los dias, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, pasaba las horas de rodillas rezando y llorando en la plazuela que se forma frente á las casas de los marqueses del Valle.

Despues se encerraba en su casa y no volvia á salir hasta el dia siguiente.

Reunia una gran cantidad de limosnas, pero tomaba para sí solo lo necesario, y repartia entre los otros pobres todo lo restante.

Podia decirse que aquel hombre que vivia de la caridad, era el mas caritativo de toda la ciudad.

Por eso todos le respetaban y todos se apresuraban á auxiliarle.

Todos estos pormenores acerca del anciano que me habia recibido en su casa, los tuve por mi nueva protectora Doña Catalina de Armijo.

Porque durante el primer dia que pasé oculta, no ví mas que al «pobre,» como todos le decian, que con mucha puntualidad me trajo cuanto necesitaba para mis alimentos.

En la noche del segundo dia se apareció en mi casa Doña Catalina y se encerró á solas conmigo. Hablóme primero del «pobre,» y luego me dijo:

—Extrañareis el grande interes que he tomado por vos;

pero siento una rara simpatía, un no sé qué que me obliga á quererlos desde que os ví.

—Si no fuera—le contesté—porque tengo con vos una deuda tan inmensa, os diría que me pasa exactamente lo mismo; aunque si he de hablaros la verdad, tanto es lo que os debo, que no sé ni cómo podría pagaros.

—Vale eso tan poco!

—¿Tan poco? ¡y habeis luchado con un hombre, y os habeis expuesto quizá á la muerte por mí, como si hubiérais sido un caballero!

—Poco me conoceis; tengo el carácter mas varonil que podais imaginar: sé manejar las armas como un soldado, monto un caballo como el mejor jinete, y no tengo miedo á nada.

—¿Es verdad?

—Mirad: debo ser huérfana, porque el hombre que me crió era un viejo militar, sin dinero, pero sin familia, que me encontró tirada una noche en una calle. Cuando crecí, mi bienhechor tenia verdadero placer en educarme como á un hombre, y reía como un bendito cuando tiraba yo con el sable, ó corria en un caballo en pelo, ó echaba un juramento de los que se usan en los cuarteles.

—¡Válgame Dios!—exclamé yo.

—No os espanteis, que á eso debísteis quizá vuestra salvacion anoche: si yo hubiera sido una damita como hay muchas, de seguro que vuestro viejo me hace correr; pero ya lo pusimos á buen recaudo. Y á propósito, ni han resollado en la hostería: mandé á mi criada á averiguar, y me contó que el viejo, con el golpe y la borrachera, durmió toda la noche, y temprano salió diciendo á la patrona: «nos fué mal,» «voló el pájaro,» «silencio.» Con que por este lado, nada hay que temer.

—Vale mas, porque yo estaba temiendo los resultados.

—¿Qué resultados? En poca agua os ahogais: si viérais lo que yo era antes! pero ahora tengo ya una hijita, y Dios sabe cómo me liga las manos.

—¡Y es tan bella!

—Sí, tan bella; su padre es un español.

—¿Español?

—Sí; mal nos quieren á las criollas ¿es verdad? ya me lo sé, que tambien fuí dama de un oficial expedicionario y me dejó plantada; pero á bien que ya no le queria yo.

—¿Y os casásteis con este?

—¿Casarme? no; es un buen sugeto; de edad, pero muy caballero; rico: se llama Don Nuño de Salazar.

—Dios os saque con bien.

—Dios sabrá lo que hace; pero si este me abandona, le prometo que ni de su nombre me vuelvo á acordar, ni se lo digo jamás á su hija.

Estaba yo espantada de aquella franqueza y de aquel carácter.

—A ver—me dijo—¿dónde está vuestra niña?

—Aquí está—le contesté enseñándole á mi hija.

—¿Qué bonita, y tan desnuda! Pobrecita! ¿Qué es eso?—exclamó de repente mirando la mancha roja de la espalda.

—Es una señal de familia—le contesté.

—¿De familia? ¿La teneis vos acaso?

—Sí que la tengo.

—Mostrádmela.

Colocamos á la niña sobre el lecho, y desnudé yo tambien mi espalda.

—¿De dónde es vuestra familia?

—De México.

—¿Teneis parientes?

—Ninguno; soy huérfana, y no sé quiénes son mis padres. Yo le mentía, porque había oído mi historia en boca de Don Baltasar, pero temía decir la verdad.

Además, por aquel relato estaba yo segura de que no tenía yo parientes ningunos.

—Es extraño—dijo profundamente preocupada Doña Catalina.

—¿Qué?—le pregunté.

—Mirad—dijo bajándose rápidamente el vestido y mostrándome la espalda—mirad, lo mismo tiene mi hija.

Sobre aquella espalda blanquísima se dibujaba una llama roja; era la marca de mi familia.

—En efecto—exclamé—como yo, como mi hija: ¿qué es esto?

—No lo comprendo; pero debemos ser de la misma familia, hermanas tal vez: ¿cuántos años contáis?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿Nada sabéis de vuestros padres?

—Solo he alcanzado averiguar que fui hija única, y que mi madre y mi padre murieron siendo yo muy niña.

—¿Y cómo?

—De mala muerte.

—Yo no sé sino que fui encontrada en una calle á media noche.

Las dos callamos.

—Pero es indudable que somos de la misma raza, de la misma familia—dijo Doña Catalina.

—Así lo creo.

—Abrazadme, quizá somos hermanas; nunca he tenido hermanos, ni vos tampoco, y ha de ser muy dulce tener familia: abrazadme, ¡voto al demonio! que tengo ganas de que seáis mi hermana.

Aquella mujer revelaba en sus vicios un corazón que aun no estaba dañado.

Me arrojé en sus brazos, y ella lloró, y yo también.

—Estamos de albricias, hermana—me dijo;—yo quisiera llevarte á mi casa; pero Don Nuño tiene un carácter muy imprudente. Vive aquí unos días; yo te buscaré habitación cerca de la mía, y ¡ay del viejo si vuelve á mirarte siquiera! le mato.

*
*
*

Salió Doña Catalina, y yo quedé sola; pero en el alma sentía una especie de consuelo inexplicable: había encontrado algo que parecía familia; ya no estaba sola en el mundo.

En esto pensaba cuando llamaron á mi puerta.

—¿Dais permiso?—dijo el anciano desde afuera.

—Entrad, señor, le contesté.

—Vengo, hija, solo á ver si se os ofrece algo, si estais contenta.

—Tan contenta estaba, que necesité contar mi dicha y participar al anciano de mi alegría.

—Sentaos un momento—le dije—porque en vuestra casa he encontrado á una hermana: soy feliz.

—¿A una hermana?

—Sí, á Doña Catalina; nos hemos reconocido como hermanas.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Casi por un milagro: no tenemos la certeza de que así sea, pero sí un indicio de pertenecer á la misma familia y una resolución firme de ser hermanas.

—Pero explicadme, si merezco vuestra confianza.

—¿Cómo no! Vos, tan bueno, tan caritativo.

—Dejad eso.

—Pues oid qué maravilla: mirad primero—le dije tomando á mi hija entre mis brazos y mostrándole la mancha de la espalda:—¿veis esa mancha roja? pues la misma tengo yo, y ella y su hija: ¿qué os parece?

El anciano en vez de contestarme, trémulo y descolorido se dejó caer de rodillas, y bañado en llanto, levantó los ojos y las manos al cielo, exclamando:

—¡Gracias, Dios mio, gracias; tras de tanto penar, al fin encuentro á mi hija!

—¿Vuestra hija? ¿quién? ¿yo? ¿Doña Catalina? Hablad.

—Sí, hija mia; tu padre tiene, mira, esa mancha roja que todos vosotros habeis heredado de mí.

—¿Pero cómo, cómo?—decia yo vacilando todavía.

—Sí; yo que te perdí cuando iba á recobrarte en la casa del sepulturero José, yo, que no abrigaba ya la esperanza de recobrarte, hija mia!

—Señor—le contesté—¿mi madre no fué Doña Isabel de Carbajal, que murió en la hoguera?

—Sí; ¿quién te lo dijo?

—¿Mi padre no fué asesinado la misma noche que fué presa mi madre?

—Sí, sí; ¿pero quién te ha contado eso?

—¿No fué mi madre víctima de una celada infame que le preparó Don Baltasar de Salmeron?

—Es cierto, es cierto—decia el anciano espantado.

—Entonces, señor, ¿quién sois, cómo os llamais mi padre?

—Hija mia, yo soy el desgraciado Felipe de Carbajal, el padre de Doña Isabel, de Doña Violante, de Doña Leonor; yo soy tu abuelo, el único que queda de aquella generacion infeliz.

No sé si la razon me pareció concluyente ó si el corazon

me hizo creer en las palabras del anciano; pero yo me arrojé en sus brazos, llorando y exclamando:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Largo rato trascurrió así; mi padre me hablaba algunas veces de nuestra familia, y otras me acariciaba.

De repente la idea de Doña Catalina vino á mi memoria y pregunté á mi padre:

—Padre mio, supuesto que fuí la única hija de Doña Isabel, que mis tias no tuvieron familia, ¿qué misterio encierra la existencia de Catalina? ¿por qué tiene la misma marca que nosotros?

—Hija mia—me contestó—esa es una historia horrible: tú conoces, porque me lo has dicho, el crimen que cometió Don Baltasar de Salmeron; pues bien, ese crimen, por desgracia, tuvo resultados, y tu pobre madre dió á luz en las cárceles del Santo Oficio, á una niña que los inquisidores mandaron arrojar á la calle; esa niña tenia la marca de la familia, y esa niña es sin duda, hija mia, Doña Catalina de Armijo.

—¿Entonces el padre de Catalina es.....

—Don Baltasar de Salmeron.

—¡Justicia de Dios!—exclamé horrorizada.

—¿Qué sucede? ¿por qué así te asombras?

—Padre, sin saberlo, anoche han peleado llenos de encarnizamiento Catalina y Don Baltasar, y en poco ha estado que ella no le hubiese matado, porque al menos como tal lo dejó tendido: fatalmente se han encontrado, y estoy segura que no respiran sino odio el uno contra el otro.

—Dios lo dispone así; cuéntame lo que viste.

Referí entonces brevemente á mi padre cuanto habia pasado con Salmeron, y le ví estremecerse de indignacion.

—Hija mia—me dijo—es preciso huir de Don Baltasar

y de Catalina, esa raza, unida por desgracia con la nuestra, causará muchos males en nuestra familia tú no debes tratar á Catalina; la sombra de mi pobre Isabel te maldeciría: es preciso que ellos no vuelvan á oír hablar de nosotros, ni nosotros á verlos: esta misma noche nos mudaremos de aquí.

—¿Pero cómo? sin dinero, sin recursos.....

—No temas; yo estoy así viviendo en la miseria porque quiero, porque nada me alucinaba ya sobre la tierra; pero te encuentro á tí, hija mia, tienes una niña, y es preciso que ambas seais felices en lo adelante: la Inquisicion me despojó de muchos bienes, pero aun soy muy rico; no tengo ni casas, ni haciendas, pero tengo oro, plata, piedras preciosas; aun puedes vivir como la descendiente de un gran monarca, aun puedes eclipsar con tu lujo á las damas españolas mas orgullosas de la ciudad.

—¡Oh, no!—le contesté—no quiero nada de eso; no deseo sino vivir retirada del mundo, á vuestro lado y educando á mi hija, y ser feliz así en el seno de mi familia.

—Dios te bendiga por tan santo propósito, hija mia; ahora prepárate, y salgamos cuanto antes de aquí.

Aquella misma noche, abrigando perfectamente á mi hijita y envuelta yo en un manto negro, salimos de la casa que por tanto tiempo habia habitado mi padre, y nos dirigimos al otro extremo de la ciudad.

Era casi al amanecer cuando llegamos á una casita de los suburbios; llamó mi padre, abrieron sin ceremonia y entramos.

Habia allí otro hombre anciano.

Mi padre se dirigió á él, y tomándome de la mano le dijo:

—Luis, he encontrado á mi hija.

El hombre se quitó respetuosamente su pobre gorra.

—Desde mañana, Luis, vida nueva; hoy acabó la mendicidad y la tristeza para nuestros corazones.

Al viejo se le rodaban las lágrimas.

—Hija mia—me dijo mi padre—este hombre es Luis Herrera, el hijo único de Tepos, confidente del emperador Guatemoc y mi segundo padre: ya sabrás esta historia; pero Luis es el fiel servidor que ha sobrenadado en ese inmenso naufragio, en esa tempestad que me arrebató familia, bienes, honor, todo, todo: Luis, te permito que abracés á mi hija.

El viejo Luis me abrazó llorando y me hizo llorar tambien.

—Parece un viejo—continuó mi padre—y sin embargo, tiene veinte años menos que yo; pero á pesar de que no ha sufrido como yo todo el rigor del infortunio, su juventud y su vigor han desaparecido mas rápidamente: ¡pobre Luis!

Mi padre pasó su mano con cariño por la cabeza del viejo Luis, y éste la tomó y la llevó á sus labios.

Parecíame estar presenciando la conferencia de uno de los monarcas aztecas con alguno de sus favoritos: mi padre tenia la majestad y toda la dulzura de un gran rey.

Me instalé en aquella casa, y pasaron así quince dias, mientras que mi padre hizo los preparativos para que volviéramos á México á vivir con las comodidades necesarias.

Yo era feliz; tenia ya á mi buen padre, y mi hija estaba cada dia mas bella.

LA CASA COLORADA.

(Concluyen
Las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

Una noche mi padre y Luis llegaron de la ciudad, y mi padre me dijo:

—Hija mía, todo está dispuesto; vamos para tu nueva casa.

Estaba yo tan contenta en mi retiro, que casi me pesó salir de él; pero obedecí.

Llegamos á la calle de las Canoas y tomé posesion de mi nueva casa.

Tú la conoces en parte, y cuando leas estas Memorias habrás visitado los aposentos que hasta hoy han sido secretos para tí.

La casa fué de todo mi agrado; poca servidumbre, una esclava, una dueña, y Luis Herrera.

Siguiendo mis deseos, no habia querido mi padre ni carrozas ni lacayos, ni nada que diera idea de lujo ni de ostentacion.

Vivir felices y retirados de todos, este era el programa de nuestra vida.

Como siempre, los primeros dias la curiosidad de los vecinos era muy grande por saber quién habitaba la «casa colorada;» pero ó lo averiguaron ó se fastidieron de sus inútiles pesquisas; lo cierto es que ya luego nadie nos hacia caso.

Mi padre nunca salia á la calle y yo iba solo á misa muy de mañana.

Habia observado que iba á Catedral y á la misma hora que yo, una dama que durante la misa lloraba.

Algunas veces llevaba en su compañía un niño, otras dos, y otras iba sola. Debia ser rica, porque al salir la esperaba una soberbia carroza; pero sin duda era muy desgraciada, porque su rostro melancólico lo revelaba.

A fuerza de encontrarnos allí á la misma hora, llegamos á simpatizar: ella me saludaba y yo tambien. Soliamos cruzarnos algunas palabras; pero no llegábamos á tener una amistad íntima, hasta que por un incidente se estrecharon nuestras relaciones.

Una mañana saliamos de misa al mismo tiempo, y observamos algun alboroto en la plaza y que algunos que pasaban decian: ¡«Pobre, pobre!»

En medio de aquellas quejas vimos á un español que daba de golpes á un hombre, llamándole «criollo, vil, miserable» y otros mil denuestos.

La dama se volvió á mirarme, y noté que su rostro estaba demudado por la indignacion; debió conocer que lo mismo pasaba en mí, porque acercándose me dijo:

—Hé ahí lo que se espera á nuestros hijos.

—Tal vez no—le contesté—quizá entre ellos, ó antes que ellos, venga el que nos há de redimir.

—Dios escuche vuestras palabras; ¿lo esperais así?

—Todos los días se lo pido á su Divina Majestad.

—¿Venís mañana?

—Sí.

—¿Temprano?

—Sí, señora.

—Arrodillaos junto á mí; hablaremos.

Al día siguiente estaba yo muy temprano en el templo, y aquella dama me esperaba ya.

Me arrodillé á su lado y comenzamos á hablar.

—¿Sois casada? me preguntó.

Yo titubeaba en contestarle; pero al fin:

—No señora—le dije—pero tengo una hija.

—¿Entonces viuda?

—Tampoco.

Ella volvió á mirarme.

—Señora—le dije—yo era una muchacha honrada y buena; un hombre me ha engañado abusando de mi orfandad y de mi inocencia.

—¿Y os abandonó?

—Así abandonó también á su hija.

—¿No reclamásteis?

—Su padre contestó que un caballero español no podía bajarse hasta ser el esposo de una criolla.

—Pero mi marido es español.

—¿Sereis rica?

—Mucho; desciendo por línea femenina y legítima del emperador Guatimoc.

—Señora, yo también, aunque por rama bastarda, desciendo de ese príncipe.

—¿Cuál es el apellido de vuestra familia?

—Carbajal.

—Conozco esa historia: ¿me la quereis contar?

—¿Por qué no? ¿acaso no circula por nuestras venas la misma sangre?

—Bien; iré á visitaros, aunque tengo para esto que luchar con el odio que mi marido tiene á los criollos.

—¿Quién es, señora, vuestro marido?

—Don Nuño de Salazar.

—¡Ah!

—¿Qué os pasa? ¿le conoceis?

—De nombre.

—¿Será quizá el mismo que os ha engañado?

—No señora, ese se llama Don Pedro de Mejía.

—Le conozco.

La misa se habia terminado.

—Mañana iré á veros, *prima mia*: ¿dónde vivís?

—En la «casa colorada,» en la calle de las Canoas.

—¿Sola?

—Con mi hija y mi padre.

—¿A qué hora estais allí?

—Jamás salgo sino á misa.

—Iré: adios, prima.

—Adios.

* * *

De vuelta á mi casa conté á mi padre lo que me habia pasado, y aprobó aquella amistad: la esposa de Don Nuño de Salazar era una dama noble y virtuosa, y era verdaderamente de la familia del emperador.

Al día siguiente estaba ella en mi casa.

Alentada yo con la aprobacion de mi padre, le referí la historia toda de nuestra familia, tal como la habia podido formar con los relatos de mi padre y de Luis Herrera, sin ocultarle nada de mis padecimientos y de mis desgracias.

Aquella era una mujer de un gran corazon; lloró conmigo y comprendió toda la amargura que guardaba mi espíritu.

Solo que nada le dije respecto de los amores que habia yo descubierto entre su esposo y Doña Catalina de Armijo.

Desde aquel dia fué para mí una hermana: yo no iba á su casa por no encontrar á su marido, pero ella venia continuamente á visitarme: sus hijos iban creciendo y mi hija tambien, el mayor de sus niños era Alfonso, y el mas pequeño era Leonel.

*
*
*

Pasaron así muchos años, y cada dia era mayor el cariño que nos profesábamos mi prima y yo; pero no habia llegado á conocer á su marido.

Mi padre habia llegado á una edad tan avanzada, que no podia ya salir de su cuarto: sentado en un sillón pasaba la vida, no queriendo que le viese nadie, nadie mas que yo: tenia cerca de cien años, pero sus potencias intelectuales y sus sentidos tenian la misma fuerza y la misma penetracion.

Alfonso y Leonel eran ya unos jóvenes, y tú eras ya mas que una niña.

La esposa de Don Nuño murió repentinamente, y yo quedé entonces mas sola sobre la tierra y mas triste.

Leonel fué enviado por su padre á España á servir en los ejércitos del rey.

Alfonso recibió las órdenes sagradas, y su padre le prohibió que nos visitara.

Desde entonces comenzó verdaderamente la soledad y la tristeza en nuestra casa.

Alfonso venia ocultamente á visitarme, y yo habia perdido hasta las ilusiones de ver libre á México.

Me dediqué á la lectura, y aunque con muchos trabajos, logré hacerme de una buena biblioteca, en donde pasaba los dias y las noches encerrada estudiando y procurando cultivar tu alma.

*
*
*

México estaba conmovido; habíase levantado el pueblo instigado por algunos contra el virey Gelves; la agitacion de los ánimos era grande, y todos temian fatales consecuencias.

En aquellos dias los españoles, acobardados, trataban á los criollos con tales miramientos, que éstos llegaron á conocerlo, y la idea de la independenciam de México brotó en los cerebros de los hijos del país.

La ocasion no podia ser mas oportuna: la tierra sin gobierno y sin tropa, los españoles divididos y la exaltacion apoderada de todos los corazones.

Era el momento.

*
*
*

Una noche me anunciaron que me buscaba mi sobrino Don Alfonso de Salazar, y salí á verle.

—Tia, quisiera hablar á solas con vos—me dijo.

Hícele entrar á la biblioteca.

—Estamos solos, le dije.

—Se trata, señora, y quiero ahorrar preámbulos, de proclamar la independenciam de México.

—¿Y quién se atreverá?

—¡Yo!—me dijo con altivez.

—Arriesgada empresa.

—Pero digna del nieto de Guatimoc.

—¿Te encuentras con valor, con fé?

—Para todo.

—La muerte quizá te espera.

—La deseo si no llego á triunfar.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo en nombre de tu madre que nos escucha.

Los ojos del jóven sacerdote brillaban con el fuego del entusiasmo y del amor patrio.

—¿Es decir que aprobais, tia?

—Apruebo, hijo mio: ¿qué os hace falta?

—Nada: inteligencia y corazon me sobran; soldados, México tiene hijos que morirán por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto como el lábaro de Constantino para llevar á un pueblo á la victoria. Solo esperaba vuestra aprobacion, porque vos sois para mí la representacion de mi madre.

—¡Dios te bendiga, Dios te bendiga y te salve!

—Que salve nuestra causa, que salve á México, y aunque yo muera.

—Hijo mio, eres un héroe: si necesitáseis dinero, yo tengo, no os detengais, yo tengo mucho y todo será para vosotros.

—Gracias, señora, gracias, nada nos hace falta; hemos comenzado nuestros trabajos y nos reunimos en la casa del Cristo, calle de Ixtapalapa: id una noche y vereis.

—Iré, aunque á nadie vea, para verte á tí, hijo mio, y para ayudarte en lo que pueda.

Desde aquella noche sigo los trabajos de los nobles hijos de México.....

XXI.

De cómo Martin Garatuza saltó de México.

MARTIN se frotó los ojos con las manos y cerró el libro; habia leído por espacio de dos horas, á la triste luz del cuarto del Zambo, y descifrando casi la letra de aquel manuscrito.

Apoyó su frente sobre su mano extendida, y quedó por un largo rato meditando; por fin hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Válgame Dios! y qué cosas hay en estas familias nobles! ¿Habránse visto horrores como los que contiene esta historia? La verdad es que todos los dias vemos cosas semejantes; pero será porque siempre impresiona mas lo que se lee, ó porque en un momento han pasado ante mi vista los acontecimientos de un siglo, lo cierto es que casi estoy por decir que estas Memorias me han trastornado.

Tomó el libro y volvió á hojearle.

—¡Vaya! Pues el tal Don Felipe, que á la cuenta debe vivir todavía, es el indio mas viejo de toda la cristiandad..... ¡Y cómo viven estos indios! Con razon cantan:

Quando el indio encanece

El español no parece.